







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

*Las aventuras del sapo Ruperto*

© Del texto: 1996, Roy Berocay

© De las ilustraciones: 2016, Daniel Soulier

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-59289-6-1

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla.

Primera edición en Colombia: febrero de 1999

Primera edición en Loqueleo Colombia: enero de 2016

Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Las aventuras del sapo Ruperto

Roy Berocay

loqueleo



## Los bichos de luz

El arroyo Solís Chico era un lugar tranquilo y todos los animales que vivían a sus orillas parecían muy contentos. De un lado, entre unos árboles altos, vivían unos bichos chiquitos y negros. Cerca de ahí, apenas a unos cuantos pasos del lugar donde el arroyo entraba en el mar, había también un enorme cangrejal, que es el lugar donde viven miles de cangrejos. Cerca de la otra orilla, también dentro de un pequeño bosque de pinos, había un charco grande habitado por los sapos. 7

Los sapos, los cangrejos y los bichos negros acostumbraban organizar carreras, bailes y toda clase de actividades sin que nadie los molestara. De los hombres, mujeres y niños que vivían en las casitas del lugar, los bichos

sabían muy poco y como alguien les había dicho que las personas eran seres muy raros y peligrosos, preferían no acercarse demasiado.

8 Pero un día todo cambió. El arroyo parecía distinto. Los peces que siempre se arrimaban a comer entre las rocas habían preferido esconderse en el barro del fondo. Los cangrejos, en lugar de salir a tomar el sol en la playa chica, se habían quedado en sus cuevas y ni siquiera los bichitos que vivían en los árboles del bosque se habían animado a salir a volar como lo hacían todas las tardes cuando el sol se hundía en el mar y llegaba la noche.

Algo estaba pasando y todos los bichos andaban muy nerviosos desde hacía muchos días. El lío había empezado unas quince salidas del sol atrás, cuando aparecieron en una de las orillas unas máquinas grandísimas con ruedas que hacían un ruido bárbaro y andaban plaf plaf aplastando plantas y tirando árboles.

Los hombres que manejaban las máquinas andaban de aquí para allá con caras muy

serias. Hacían pozos y también medían el terreno con unas tiras largas y amarillas.

Con mucha atención durante esos quince días los animalitos habían observado lo que sucedía. El ruido de las máquinas no los dejaba dormir y cada vez que caía un árbol todos se preocupaban muchísimo, porque sabían que en cada árbol que caía, vivían pájaros, hormigas, mariposas y un montón de otros bichos muy pequeños que de pronto se quedaban sin casa.

9

Los bichitos negros de la otra orilla decidieron por fin averiguar qué era lo que sucedía. Pero como no eran bichos de hacer las cosas así nomás, se lo pasaron discutiendo un buen rato hasta que decidieron, entre todos, que lo mejor sería enviar a tres bichos espías.

Cuando fue bien de noche, el bicho Juancho y otros dos se aprontaron para cruzar el arroyo.

—Tengan cuidado y vuelvan enseguida—les recomendó el bicho más viejo de todos— con los hombres nunca se sabe.

Los tres valientes cruzaron el arroyo volando bien bajo y tratando de no hacer mucho ruido. Cuando llegaron al lugar de los hombres, se escondieron entre los yuyos para escuchar la conversación de dos de ellos.

—Si seguimos así, mañana va a quedar todo pronto —dijo uno de los hombres que  
10 tenía un casco amarillo que le quedaba muy gracioso.

—Sí —dijo el otro hombre—, así por fin las casas y la escuela de esta zona van a tener luz eléctrica.

Los bichos escondidos quedaron congelados por el asombro. Nunca habían escuchado hablar de esa cosa llamada “luz eléctrica” y pensaron que seguramente sería algo terrible y peligroso.

Cuando los hombres se fueron, los bichos volaron rapidísimo de vuelta a su bosque para contarle a los demás lo que habían averiguado.

—Van a poner una cosa que se llama luz eléctrica —dijo el bicho Juancho poniendo voz de preocupado.